

## *Destrucción del Medio*

# Es Urgente Detenerla

POR LORENZO MEYER

**M**E quedé en la ciudad de México la semana pasada para que mi hijo mayor pudiera ser testigo del milagro. En efecto, el Viernes de Dolores la bruma de la capital tenía el color natural y saludable de antaño. Desde el Zócalo se podían ver muy bien las siluetas de las montañas, desde el Ajusco hasta la Villa. Las vacaciones hicieron que la contaminación disminuyera en 70%. Sin embargo, el milagro tuvo límites; a un costado del Palacio Nacional —el símbolo más obvio del poder en México— estaban los mismos montones de basura y excremento de siempre. ¿Es que la suciedad es, por fuerza, compañera inseparable de nuestro subdesarrollo?

★

**D**ESDE hace un buen tiempo me asombra, enfurece y deprime la ferocidad con que los mexicanos de todas las clases sociales combatimos y destruimos nuestro medio ambiente, a la naturaleza, y por ende a nosotros mismos. Me temo que la generación que acaba de nacer y las que le sigan heredarán un país de ciudades grises, sucias, de aspecto misero, sin belleza alguna y de aire cargado de plomo y gases tóxicos. Los campos que reciban estarán erosionados y el bosque ya habrá perdido su noble batalla frente al desierto, el subsuelo tendrá mantos freáticos agotados, contaminados y salados, y sus ríos —los que queden— estarán llenos de desechos industriales y basura. A estas alturas, por ejemplo, casi podemos asegurar que la selva lacandona está condenada a desaparecer o que, para todo propósito práctico, donde Pemex saca petróleo no vuelve a crecer la yerba.

Sería fácil, y en buena medida verdad, echarle to-

da la culpa a la estupidez e irresponsabilidad del gobierno (el caso de la selva lacandona, de Pemex o de la Ruta 100), o a la voracidad del capital y a la corrupción de los encargados oficiales de vigilarlo (las empresas madereras, su tala indiscriminada y la vista gorda de las autoridades forestales, por ejemplo).

Lo realmente deprimente es que la brutalidad contra

la naturaleza no es característica exclusiva del gobierno y del gran capital, sino que es una práctica generalizada en todas las clases sociales. Cuando adolescente viví en el campo, y pude comprobar directamente el gusto que había por matar, sin justificación, a prácticamente cualquier tipo de animal silvestre que se dejara. Hoy basta visitar a cualquiera de los parques nacionales que rodean a la ciudad de México —y cuyos usuarios son, básicamente, de las clases populares— para ver por todos lados cantidades increíbles de latas de cerveza, empaques de plástico y mil tipos más de desperdicios, dejados por los irresponsables paseantes. Desgraciadamente parece haber una vocación nacional por destruir o degradar nuestro medio ambiente. Ni qué decir del estado que guardan las llamadas colonias populares, a las que bien se puede ver como basureros habitados.

★

**L**A explicación de esta actitud de antagonismo feroz entre el mexicano y su medio ambiente tiene que ser, sin duda, compleja, y en ella deberá de incluirse, entre otras cosas, nuestra historia y cultura, el subdesarrollo y la del capitalismo, la demografía y una docena de cosas más. Quisiera explorar aquí sólo uno de estos puntos: el relacionado con la historia y la cultura.

Cuando España incorporó a México al mundo occidental como colonia, la clase dirigente mostró —con honrosas excepciones, desde luego— una actitud depredadora en relación a los habitantes originales y las cosas del reino de la Nueva España.

**P**ARA los nuevos señores de la tierra mexicana, los naturales no eran, en realidad, hombres como ellos —es decir, iguales en sentimientos, dignidad o valor, y por tanto no era necesario o lógico ver en ellos y en la tierra que poblaban otra cosa que una oportunidad de convertirlos en riqueza contante y sonante a la brevedad y al menor costo posible. La destrucción que acarrea este proceso no importaba, pues después de todo, para quienes entonces mandaban, el futuro estaba en el retorno al lugar de donde se había venido, allende del mar. La pre-

servación de hombres —indios, negros o mestizos— y cosas se hacían sólo en la medida en que tuviera algún sentido económico inmediato e individual, y nada más.

Esta actitud de ver en México —en sus habitantes y en su naturaleza— un fruto para ser exprimido y luego desechado, no fue un caso único; en realidad fue lo común en todas aquellas colonias europeas en donde los nativos eran la inmensa mayoría y los colonizadores apenas un puñado. Lo malo es que tal actitud no desapareció con el mestizaje y la independen-

cia, sino que fue asimilada por el resto de la población. La relación colonial se acabó pero la mentalidad colonial sigue viva hasta el día de hoy. Es obvio que el sentido y la lógica de la solidaridad social que ahora es prevalente en el grueso de los países modernos —y que les lleva a cuidar su aire, su agua, sus bosques y su tierra— apenas si existe en México. El prójimo y la naturaleza siguen siendo, para la mayoría de nosotros, meros objetos para explotar; al menos eso es lo que dice, no con palabras pero sí con hechos, la actitud cotidiana antisocial

de millones de mexicanos, desde los más encumbrados hasta los realmente humildes, urbanos y rurales.

De continuar las cosas así, México será un sitio que nuestros hijos y sus hijos vivirán no como una patria digna de ser vivida sino como un castigo, un sitio para ser abandonado. Mientras las reglas reales del juego sigan premiando la lógica de la salvación individual —la ganancia inmediata, el menor esfuerzo—, la lógica de la salvación colectiva no tiene ninguna oportunidad. Esta actitud es suicida. A la larga —¿o debería decir ya, a la corta?— los mexicanos estamos destruyendo recursos y valores irre recuperables.

Hasta hoy, la filosofía implícita en relación al problema de la destrucción del medio ambiente se puede resumir así: a grandes problemas, ninguna solución. ¡Hay que cambiar esto y rápido! Es necesario politizar el problema ecológico y colocarlo en el tope de nuestras prioridades, junto con el de la crisis económica y la democracia, y luego actuar en consecuencia. Urge al respecto iniciar una renovación moral, pero en serio.